

TEMA6. LA POESÍA ESPAÑOLA EN LAS TRES DÉCADAS POSTERIORES A LA GUERRA CIVIL: MIGUEL HERNÁNDEZ, BLAS DE OTERO, GIL DE BIEDMA Y GLORIA FUERTES.

Como en los demás géneros literarios, también en poesía la Guerra Civil supuso una ruptura con la literatura de la Edad de Plata: la muerte de grandes poetas anteriores a la guerra, el exilio de muchos, las represiones... supusieron una lenta recuperación de la actividad poética. A grandes rasgos, la poesía española en las tres décadas posteriores a la Guerra Civil puede sintetizarse de la siguiente manera:

1. DÉCADA DE LOS 40 (≈GENERACIÓN DEL 36): PREOCUPACIÓN EXISTENCIAL

En la década de los 40, la inmediata posguerra, proliferó la literatura de preocupación existencial. La poesía, que en los años 30 se había rehumanizado para tratar los problemas sociales, sirve ahora para plantearse el sentido de la existencia, especialmente tras haber contemplado los horrores de los que el ser humano ha sido capaz durante la guerra. A grandes rasgos, la poesía de esta década se ha dividido en dos grupos, que Dámaso Alonso ha llamado “poesía arraigada” y “poesía desarraigada”.

Es la “poesía arraigada” una corriente de poetas vinculados a la derecha y a Falange, en cuya obra la denuncia de la trágica realidad circundante está, en general, ausente. En su lírica predominan las formas clásicas, sobre todo el soneto, y una poesía intimista cuyos principales temas son la exaltación nacional, la familia, la religión, el paisaje y el amor y, en general, la evasión de la cruda realidad de posguerra. Estos poetas, que son los que de manera más unánime han recibido el nombre de generación del 36, publican en las revistas *Escorial* y *Garcilaso*. Entre ellos cabe destacar a Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, Luis Rosales, Dionisio Ridruejo y José García Nieto.

La “poesía desarraigada” es una corriente de poesía existencial que expresa la angustia vital del hombre, que está “apresado” en un mundo hostil e incomprensible, atenazado por la soledad, el vacío, la incertidumbre, el miedo, el dolor, la angustia del vivir y del morir y la búsqueda de un refugio sereno o atormentado en Dios, como posible remedio o como simple invocación agónica. La ruptura con la poesía garciliasta de los poetas arraigados se produjo en 1944 con la publicación de *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, y *Sombra del paraíso*, de Vicente Aleixandre, y la aparición de la revista poética *Espadaña*. Dentro de esta corriente podemos situar la obra inicial de Blas de Otero.

MIGUEL HERNÁNDEZ (1910-1942)

Joven pastor autodidacta, Miguel Hernández ha sido considerado en ocasiones miembro del grupo poético del 27 (el propio Dámaso Alonso lo llamó “genial epílogo” de su generación), por sus inicios en la estética neogongorina y surrealista, pero por evolución y por edad se le suele incluir en la generación del 36, si bien se encuentra alejado de los poetas garciliastas y se acerca más a la poesía desarraigada.

Su trayectoria poética se puede dividir en cuatro etapas:

1. Poesía neogongorina. En su primer libro de poemas, *Perito en lunas* (1933), desarrolla escenas de la vida cotidiana y temas como la muerte, los toros y el sexo, en una mezcla de elementos cultos y populares, en 42 octavas reales de estilo neogongorino, metafórico, hermético y deslumbrante.
2. Plenitud poética. En *El rayo que no cesa* (1936), compuesto fundamentalmente de sonetos, conjuga el neogongorismo con la expresión de sus sentimientos amorosos. El tema fundamental es el amor concebido a la vez como dolor y como gozo. Aparte de los sonetos, la gran composición del libro es la famosísima *Elegía a Ramón Sijé*.

3. Poesía comprometida. La situación política hace que Hernández considere la poesía como un instrumento útil para mantener la moral del soldado y adoctrinarlo sobre la causa por la que lucha. A esta época pertenecen *Viento del pueblo* (1937), obra en la que alterna las formas octosílabicas populares con las composiciones en versos largos, lentos e incluso solemnes, y *El hombre acecha* (1939), en la que los dolores de la guerra y el presentimiento de la derrota cargan de pesadumbre unos versos en los que el poeta se expresa de un modo cada vez más personal; la frustración que recorre estos poemas anuncia la voz decepcionada, solitaria y torturada característica de su última poesía.
4. Exploración interior. Ante la muerte de su primer hijo y su ingreso en la cárcel, escribe *Cancionero y romancero de ausencias* (1938-1941), obra en la que reúne un centenar de composiciones escritas, la mayor parte, en prisión. Abundan en ellas las que insisten en las consecuencias de la guerra y en su propia situación personal. Pero no se trata de poemas circunstanciales, pues tras la anécdota biográfica se expresa con inusual intensidad la angustia existencial de quien se encuentra ante el límite de la nada. La consolación, atravesada de tristeza y melancolía, se reduce solo al recuerdo de sus seres queridos. Formalmente, el proceso de simplificación retórica culmina en un dominio pleno del molde de la poesía popular. El tema fundamental es la carencia de cuanto otorga sentido a la vida: la libertad, la familia...

2. DÉCADA DE LOS 50: POESÍA SOCIAL

Como consecuencia de las inquietudes sociales surgidas en los años 40, con *Espadaña e Hijos de la ira*, por ejemplo, en los años 50 se desarrolló una poesía social, entendida como un arma ideológica y de denuncia de la injusticia. Los principales poetas de esta tendencia fueron Gabriel Celaya, José Hierro y Blas de Otero. Para estos poetas, la poesía, como vehículo de comunicación, ha de reflejar la realidad del momento, olvidando el anterior tono intimista. Adoptarán actitudes realistas, testimoniales, solidarias y críticas. Algunos, incluso, llegarán a pensar que la poesía debe ser un instrumento para transformar el mundo, mediante la denuncia de la injusticia y la opresión en que el hombre se encuentra. Al contrario que Juan Ramón Jiménez, que dirigía su obra “a la minoría, siempre”, Blas de Otero y Gabriel Celaya se dirigen “a la inmensa mayoría”. Como consecuencia, estos poetas pretenden un contenido claro y, para ello, emplean un lenguaje sencillo, expresiones coloquiales, un cierto carácter narrativo, una deliberada tendencia hacia el prosaísmo y, con frecuencia, el verso libre y el versículo. Todo ello no impide una cuidadosa elaboración formal en busca de esa comunicación efectiva. Como influencias, se sitúan las figuras de Antonio Machado, César Vallejo o Miguel Hernández.

BLAS DE OTERO (1916-1979)

La obra de Blas de Otero resume las etapas de la poesía española durante varias décadas: evoluciona desde las preocupaciones personales, existenciales y religiosas características de los años 40 hasta la búsqueda de nuevos caminos expresivos en los años 60 y 70, pasando por la poesía social de los años 50.

1. Primera etapa: poesía existencial (*Ancia*): En 1950 se publica *Ángel fieramente humano*, y en 1951, *Redoble de conciencia*. En 1958, Otero funde los dos libros en un solo volumen titulado *Ancia*. Esta obra se incluye dentro de la poesía desarraigada de la que habló Dámaso Alonso. El tema central son las preocupaciones existenciales del “yo”, desarrollado a través de subtemas como la religión (Dios hace caso omiso de las necesidades del hombre), el amor y un inicio de la temática social, que será característica en su segunda etapa. Formalmente, Otero se muestra como un espléndido autor de sonetos, en los que el ritmo se descompone por los encabalgamientos, la violencia y el dramatismo del lenguaje. Además, utiliza el verso libre.

2. Segunda etapa: poesía social (*Que trata de España*): A esta etapa pertenecen los poemarios *Pido la paz y la palabra* (1955), *En castellano* (1959) y *Que trata de España* (1964). Ese mismo año 1964, bajo el título común *Que trata de España* publica los tres libros reunidos. Es poesía social cuyo tema central es la solidaridad con los que sufren localizada en un ámbito concreto: España. Se ha hablado de una evolución temática del “yo” de su primera etapa al “nosotros” de *Que trata de España*. Siguiendo las características de la poesía social, la dirige “a la inmensa mayoría” (en contraste con la poesía juanramoniana), con un lenguaje sencillo y accesible.
3. Tercera etapa: búsqueda de nuevas formas. Los poemas de esta última etapa solo son conocidos parcialmente, pues aparecieron publicados en antologías, como sucedió con los que componían la obra *Hojas de Madrid*. Aparecen formas métricas muy libres, como versículos desiguales, y se observa un uso de la imagen insólita, con influencias del surrealismo. Temáticamente, aunque no desaparecen los temas sociales y políticos, hay una mayor presencia del intimismo.

3. DÉCADA DE LOS 60

La poesía social de los años 50, a veces muy radical, repetitiva y prosaica, produjo un cierto cansancio. Un grupo de poetas superó los contenidos más sociales —denuncia de la opresión, de la miseria— y emprendió un rumbo poético hacia aspectos, siempre humanos y solidarios, pero con un decidido interés por los valores estéticos y las posibilidades del lenguaje. La poesía se centró en lo individual, aunque relacionado con lo social. A estos autores, que comienzan a escribir en la década de los 50 y continuarán haciéndolo en la de los 60, se les ha llamado grupo o generación de los 50 o generación del medio siglo. Algunas de las características comunes al grupo son las siguientes:

- Son los “niños de la guerra”: vivieron la guerra en su infancia y crecieron entre las ruinas de la posguerra.
- Reciben influencias de poetas “impuros” anteriores: leyeron con entusiasmo a Neruda y a César Vallejo, se sintieron herederos de Antonio Machado, manifestaron admiración por Cernuda y convivieron con los más destacados poetas de la década anterior (Blas de Otero, José Hierro).
- Evitan el prosaísmo y la espontaneidad de la poesía social, con una intencionada elaboración estilística.
- Reivindican un lenguaje poético alejado de las experiencias vanguardistas, que conjuga perfectamente la fuerza expresiva de magníficas imágenes sensoriales con el estilo conversacional, la ironía e incluso el sarcasmo.
- Presentan un tono cuasi-narrativo y conversacional y un léxico sobrio, eficaz y preciso. Se incluyen anécdotas personales que permiten al poeta exponer su subjetividad.
- Prescinden a menudo de la rima, y el ritmo del verso se hace más libre, aunque es también frecuente el uso de endecasílabos y alejandrinos, combinados con el pentasílabo, el heptasílabo y el eneasílabo.
- Temáticamente, su poesía se aleja de lo puramente social hacia la crítica y el inconformismo. La conciencia social no se abandona, pero no se hace ya poesía política, sino ética o crítica.
- Expresan sus experiencias personales de la vida cotidiana, con un retorno al intimismo: el paso del tiempo, las experiencias amorosas, la amistad, los recuerdos de la infancia (la guerra vista desde la perspectiva de un niño...). Hay que destacar también el doloroso escepticismo ante el sentimiento de soledad.

- Conciben la poesía como vehículo de conocimiento, más que de comunicación (diferencia con los poetas sociales de los 50).

Entre los poetas de esta generación destacan Ángel González, José Ángel Valente, José Agustín Goytisolo, Claudio Rodríguez, Francisco Brines y Jaime Gil de Biedma.

JAIME GIL DE BIEDMA (1929-1990)

La obra de Gil de Biedma es escasa y es fruto de una constante reelaboración que le llevaba a corregir los textos continuamente. En 1975 reúne una selección de textos que se puede considerar definitiva bajo el título de *Las personas del verbo*, en la cual recoge tres libros principales: *Compañeros de viaje* (1959), *Moralidades* (1966) y *Poemas póstumos* (1968), obra esta última de título paradójico, ya que se publicó muchos años antes de su muerte.

Temáticamente, su poesía se ha definido como “de la experiencia”, pues muchos de sus poemas parten de una situación sobre la que el poeta reflexiona, en primera persona o, en ocasiones, en segunda, dirigiéndose a un desdoblamiento de su persona. Otros temas que aparecen en su obra son:

- La oposición constante entre los deseos que el poeta siente y la realidad que los niega (el choque entre “la realidad y el deseo”, retomando el título de Cernuda, poeta muy admirado por Gil de Biedma).
- El tiempo, expresado a través del contraste entre la infancia feliz y las angustias de la juventud, o entre las ilusiones de la juventud y la llegada de la vejez.
- Como consecuencia del paso del tiempo, la frustración y la melancolía por el recuerdo de tiempos mejores.
- La temática político-social (sobre todo en *Compañeros de viaje*), pero desde un punto de vista personal y no general: Gil de Biedma confiesa su mala conciencia por haber pertenecido a una clase privilegiada (en general, los autores del 50 pertenecen a la burguesía acomodada) en un tiempo de miseria.
- El tema de la amistad.
- El tema amoroso (frecuente en *Moralidades*), tratado con una franqueza erótica no habitual en el momento.

En cuanto a la métrica, predomina el verso libre, aunque también aparece la silva arromanzada y los romances irregulares. Es frecuente el uso del encabalgamiento, con el que consigue el tono conversacional y coloquial característico de su estilo.

GLORIA FUERTES

En 1950 publica *Isla ignorada*, primer libro de su trayectoria lírica que tiene en *Mujer de verso en pecho* (1995) su último exponente. En esos casi cincuenta años de poesía, Fuertes publicó un total de trece libros poéticos, desiguales en calidad pero que trazan una paulatina evolución formal y temática bastante unitaria. Toda su obra poética se halla recogida en tres volúmenes: *Obras incompletas* (1975), *Historia de Gloria* (1980) y *Mujer de verso en pecho* (1995). A todo ello cabe añadir otras producciones de literatura infantil, tanto en poesía como en cuento y en teatro.

Para acercarnos a la poesía de Gloria Fuertes es fundamental plantearnos cuál era su poética. Son numerosos los textos en los expone esta cuestión, comenzando por el prólogo que ella misma escribe a su antología *Obras incompletas*:

Mi lenguaje era y es, directo-comunicativo (...). Solo quiero darme a entender, emocionar o mejorar con aquello que a mí me ha emocionado o mejorado antes de escribirlo. (...) Es necesario obtener comuniación-comunicación con el lector u oyente para conseguir conmover y sorprender. (...) Lo único que puedo deciros es que mi obra nunca será oscura, difícil, cerebral, culta-culta en el sentido en que intelectualmente no tengo datos ni memorias. A la hora de escribir se me olvida lo poco estudiado y lo mucho leído, al escribir solamente recuerdo lo que tengo que decir y lo digo, a mi manera, a mi aire, en directo, sin ensayos, sin preocupación, espontáneamente, en vivo. (Fuertes, 1980: 30-31)

Esta “pose” de humildad se puede entender a la luz de sus avatares biográficos y su condición social como mujer. Como se verá después, las características de su poesía se encajan, en parte, dentro de la poesía social, aunque en Gloria Fuertes se intensifica su afán por ofrecer una imagen humilde, sencilla. No debemos pasar desapercibido que su poesía, por encima de las declaraciones de la poeta, es el fruto de un trabajo diario, de una labor constante de pulido y depuración.

El tono que caracteriza casi la totalidad de la obra poética de Gloria Fuertes es el conversacional, cercano al lector, muy asimilable a lo preconizado por la poesía social de los años 50, pero dotado de un estilo personal que lo hace, en cierta medida, inclasificable dentro de las corrientes poéticas españolas del siglo XX. Ella misma, en diferentes ocasiones, ha defendido la creación exclusivamente personal de su poesía y ha explicado su falta de compromiso con cualquier tipo de corriente poética, con las etiquetas propias de los historiadores de la literatura. Resulta difícil resumir la concepción poética de un artista en unas pocas palabras, pero, sintetizando la obra de Gloria Fuertes, se puede llegar a la conclusión de que esta se asienta en tres ejes, lógicamente entrelazados y enhebrados, imposibles de separar completamente: el tono conversacional, el afán autobiográfico y el humor.

En cuanto al tono conversacional, es una de las premisas poéticas que la poeta se encarga de repetir en numerosas ocasiones a lo largo de su obra. La poesía debe ser sencilla, debe poder llegar sin problemas a todo el mundo, debe tener un aspecto conversacional, íntimo, sencillo, no lleno de retoricismos, para que así sea capaz de comunicar, de decir algo, de hacer sentir al lector. Pasando al sentido autobiográfico, la autora, mediante la narración de experiencias vitales a través de la poesía, no solo crea una obra que se identifica con su devenir vital, sino que, además, logra pintar un marco histórico-cultural, inserta su obra en un momento determinado, llega a construir una especie de memoria colectiva de los años de la represión y el hambre de posguerra en la que, aquellos que la vivieron, pueden verse identificados, y en la que, aquellos que no la vivimos, podemos llegar a comprenderla. Esta manera de escribir también podría enmarcarse en la corriente de la poesía social, en la que el poema autobiográfico sirve como método de denuncia ante las injusticias que ocurren alrededor. La tercera y última pata de la poesía de Gloria Fuertes sería el humor. El juego de palabras, de significados, de situaciones, se convierte en un eje fundamental de su obra, pero que conjuga, repetidamente, con un trasfondo desolador, pesimista. El resultado que produce en el lector es una mezcla de risa y de tristeza, una humanidad cargada de pesadumbre, un optimismo desencantado, la sensación agredulce de quien no tiene

otra solución que mirar la realidad cotidiana, llena de elementos negativos, a través del prisma de la ironía. De esta manera encaja dos corrientes poéticas aparentemente dispares: la poesía social y el Postismo (“Fui surrealista, sin haber leído a ningún surrealista; después, apostó, postista”, Fuertes, 1980: 27).

Con la consideración del humor como mecanismo desmitificador y, en consecuencia, libertador de preocupaciones humanas universales, los temas de la poesía de Fuertes pueden englobarse en los de la metapoesía, el amor, la existencia (la soledad y el dolor, la vida y la muerte), la divinidad y la solidaridad humana.

Quizá el tema más importante de todos es el amor, con dos vertientes principales: un amor solidario, general, que se traduce en conciencia social y en cercanía en aquellos grupos sociales más desfavorecidos, y un amor individual, erótico, llamado “amor prohibido” Por su naturaleza bisexual. La condición de soltera y su inclinación sexual en la sociedad franquista de discurso claramente misógino condicionó el posicionamiento personal de la autora. El pacifismo, el ecologismo y el feminismo son temas englobables dentro del “amor solidario”. La experiencia de la Guerra Civil dejó una honda huella en la poeta, que se posicionó durante toda su vida contra la violencia armada. También encontramos varios poemas dedicados a la defensa de la naturaleza con una clara conciencia ecologista. La poeta concibe la naturaleza como un símbolo de Creación, de vida.

En multitud de ocasiones se ha utilizado a Gloria Fuertes como referente feminista por su condición de soltera y de poeta independiente en una sociedad machista. Ella misma rechazó ese calificativo (“Soy más pacifista que artista/más humanista que feminista”) Por encima de poéticas y etiquetas, su poesía se puede enmarcar dentro de la defensa de la mujer en la sociedad.

La soledad es un tema recurrente en la obra de Fuertes, si bien cabe destacar que no nos hallamos ante una simple “falta de comunicación”, sino que este concepto conlleva muchos otros matices. La soledad es un concepto ambivalente, con las dos caras: una negativa, aquella en que la soledad implica la incomunicación, la falta de compañía, y una positiva, en cuanto se refiere a la libertad individual de poder desarrollar una personalidad propia. La soledad permite creación, por parte de la mujer, desarrolla un discurso auténtico, no impuesto. En este caso, la censura franquista, la pobreza y la situación de Gloria Fuertes como mujer soltera hace que el tema de la soledad, pero también el del propio hogar como base de esa soledad, se convierta en base de parte de su obra.

Lecturas del tema:

Miguel Hernández

“Elegía a Ramón Sijé”

(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería.)

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdonó a la muerte enamorada,
no perdonó a la vida desatenta,
no perdonó a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera

y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irán a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

*(10 de enero de 1936)
El rayo que no cesa*

“El niño yuntero”

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo
de vacas, trae a la vida
un alma color de olivo
vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente
la vida como una guerra,

y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge de lluvia y se alhaja
de carne de cementerio.

A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido,
con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente
para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciente
resuelve mi alma de encina.

Le veo arar los rastrojos,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará a este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

Viento del pueblo

Blas de Otero

“Hombre”

Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.

Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo
oírás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.

Alzo la mano, y tú me la cercenas.
Abro los ojos: me los sajas vivos.
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser —y no ser— eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!

Ángel fieramente humano

“A la inmensa mayoría”

Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre
aquel que amó, vivió, murió por dentro
y un buen día bajó a la calle: entonces
comprendió: y rompió todos sus versos.

Así es, así fue. Salió una noche
echando espuma por los ojos, ebrio
de amor, huyendo sin saber adónde:
a donde el aire no apetase a muerto.

Tiendas de paz, brizados pabellones,
eran sus brazos, como llama al viento;
olas de sangre contra el pecho, enormes
olas de odio, ved, por todo el cuerpo.

¡Aquí! ¡Llegad! ¡Ay! Ángeles atroces
en vuelo horizontal cruzan el cielo;

horribles peces de metal recorren
las espaldas del mar, de puerto a puerto.

mi última voluntad. Bilbao, a once
de abril, cincuenta y “tantos”.

Blas de Otero

Yo doy todos mis versos por un hombre
en paz. Aquí tenéis, en carne y hueso,

Pido la paz y la palabra

Jaime Gil de Biedma

“Infancia y confesiones”

A Juan Goytisolo

De mi pequeño reino afortunado
me quedó esta costumbre de calor
y una imposible propensión al mito.

Compañeros de viaje

Cuando yo era más joven
(bueno, en realidad, será mejor decir
muy joven)
algunos años antes
de conocerlos y
recién llegado a la ciudad,
a menudo pensaba en la vida.
Mi familia
era bastante rica y yo estudiante.

“Años triunfales”

*...y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.*

Rubén Darío

Media España ocupaba España entera
con la vulgaridad, con el desprecio
total de que es capaz, frente al vencido,
un intratable pueblo de cabreros.

Barcelona y Madrid eran algo humillado.
Como una casa sucia, donde la gente es vieja,
la ciudad perecía oscura
y los Metros olían a miseria.

Con luz de atardecer, sobresaltada y triste,
se salía a las calles de un invierno
poblado de infelices gabardinas
a la deriva, bajo el viento.

Y pasaban figuras mal vestidas
de mujeres, cruzando como sombras,
solitarias mujeres adiestradas
—viudas, hijas o esposas—

en los modos peores de ganar la vida
y suplir a sus hombres. Por la noche
las más hermosas sonreían
a los insolentes vencedores.

Moralidades

Mi infancia eran recuerdos de una casa
con escuela y despensa y llave en el ropero,
de cuando las familias
acomodadas,
como su nombre indica,
veraneaban infinitamente
en *Villa Estefanía* o en *La Torre
del Mirador*
y más allá continuaba el mundo
con senderos de grava y cenadores
rústicos, decorado de hortensias pomposas,
todo ligeramente egoísta y caduco.
Yo nací (perdonadme)
en la edad de la pérgola y el tenis.

La vida, sin embargo, tenía extraños límites
y lo que es más extraño: una cierta tendencia
retráctil.
Se contaban historias penosas,
inexplicables sucedidos
dónde no se sabía, caras tristes,
sótanos fríos como templos.
Algo sordo
perduraba a lo lejos
y era posible, lo decían en casa,
quedarse ciego de un escalofrío.

“No volveré a ser joven”

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
—como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos
—envejecer, morir, eran tan solo

las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.

Poemas póstumos